

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: Diario El Mercurio

Fecha: lunes 3 de noviembre de 2014

Página: 11 B

Año: 90

Nro.34167

Descriptor: Declarado Patrimonio Cultural; la artesanía por excelencia; se ha desarrollado en Cuenca.

Sombreros paja toquilla patrimonio artesanal



Declarado Patrimonio Cultural Intangible de la Humanidad, implica una reivindicación de las comunidades involucradas y el realce de su autoestima.

Indiscutiblemente la artesanía por excelencia que se ha desarrollado con mucho éxito en la provincia del Azuay y en la ciudad de Cuenca es la manufactura de los sombreros de paja toquilla.

Intentar hacer una historia detallada sobre cuándo, cómo y por qué apareció la manufactura de sombreros de paja toquilla en el Ecuador, es tarea ardua y difícil, al estar sus orígenes llenos de leyendas y fábulas y no existir suficiente material bibliográfico e histórico que permita señalar con precisión épocas y años concretos.

Se puede señalar que durante las últimas décadas del siglo XIX y en la primera mitad del XX, la población se dedica en forma masiva a la producción de sombreros, manufactura con la que Cuenca, ingresa al comercio mundial y que en la década de los cuarenta del siglo pasado, se convierte en el segundo rubro de exportación del país.

Azuay y Cañar a finales del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX, se convirtieron en importantes talleres manufactureros, monopolizados por un grupo de firmas exportadoras, localizadas en Cuenca, asociadas a casas importadoras, básicamente, de Estados Unidos.

La manufactura de los sombreros de paja toquilla aparece, se manifiesta, consolida y mantiene, por la inmensa tradición artesanal que siempre ha caracterizado a lo que podríamos llamar la región centro sur del país, talento y habilidades innatas, que han sido reconocidas por propios y extraños, incluso desde inicios de la época colonial.

La producción de la paja se inicia en la costa y el oriente ecuatorianos, donde la cultivan y la procesan para venderla a los comerciantes mayoristas de la sierra, quienes a su vez la entregan a las pajeras o revendonas de paja, para que realicen la venta al menudeo de la fibra a las tejedoras.

Ellas, una vez tejido el sombrero, lo venden a los “perros” y “comisionistas”, muchos agentes intermediarios de las casas exportadoras, hasta donde llega el producto semi-elaborado para ser entregado a otros trabajadores, vinculados a dichas casas, para el acabado y compostura del sombrero.

Dentro de esta artesanía participan individuos de diversos estratos sociales y étnicos: cholos y montubios y, como su producción está destinada a satisfacer mercados nacionales e internacionales, se involucra en el proceso a exportadores y trabajadores del acabado final, éstos últimos ya en los países importadores.

Conservan esta tradición los habitantes de las poblaciones de Picoazá, El Aromo, Pile, Montecristi, Jipijapa en la provincia de Manabí y Biblián, Luis Cordero, Nazón, Solano, Déleg, Azogues, Chordeleg, Delegsol, Sígsig, Pushío, San Bartolomé, Sidcay, Checa, San Fernando, Pucará, en las provincias de Cañar y Azuay.

El tradicional tejido de paja toquilla fue declarado Patrimonio Cultural Intangible de la Humanidad por la UNESCO el 5 diciembre de 2012 y se espera visibilizar el significado y la importancia de lo que es el patrimonio inmaterial, que se expresa en un conjunto de conocimientos, prácticas y técnicas tradicionales, superando la visión monumentalista del patrimonio y el enfoque conservacionista de la artesanía como un objeto.

Esto implica una acción de reivindicación de las comunidades involucradas y el realce de su autoestima, así como un compromiso para continuar con la transmisión de los

saberes, pues el tejido de paja toquilla es una tradición cuyos “secretos”, técnicas, y procesos desde hace más de 100 años, conoce nuestra gente, se transmiten de generación en generación y hoy en día, manteniendo la técnica y los procesos ancestrales, se trata de adaptar el sombrero a las exigencias actuales del mercado a través de diseños vistosos y novedosos, que son siempre cambiantes con el capricho y vaivén de la moda.

Historia

La artesanía se perfeccionó y a finales del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX, no había localidad citadina o campesina en la que no se tejieran los sombreros de paja toquilla que empiezan a competir en calidad con los más finos de Montecristi y Jipijapa, convirtiéndose Azuay y Cañar en un verdadero callejón manufacturero.

En las décadas de 1880 y 1890 que su demanda aumenta, pues con la construcción del canal de Panamá se difunde, entre sus trabajadores el uso del sombrero, por las condiciones climáticas y el trabajo que realizaban. Desde Panamá se lo distribuía hacia el norte y a Europa, con el nombre de “PanamaHat” extendiéndose la fama y el uso del sombrero con este nombre, en forma errónea e inmerecida, al creer que eran fabricados en ese país, desconociendo que eran originarios de Ecuador.

En los años siguientes continúa el tejido de sombreros de paja toquilla y en la década de 1943 a 1953 se obtienen las cifras más elevadas de exportaciones, cifra que si bien no se ha mantenido constante en los últimos tiempos, sino con altos y bajos sobre todo por la pérdida de los mercados de México (1998) y Brasil (2003) aún sigue reportando ganancias al Estado ecuatoriano. (Aguilar, 2009).

Con el avance de la industria, la manufactura y el comercio del sombrero de paja toquilla decayeron, no obstante, el tejido se conservó y se transmitió de generación en generación y hasta hoy en día es una fuente de ingresos de muchas familias. (AVB)

Por Maria Leonor Aguilar (Tomado del libro Patrimonio Cultural, editado por la UDA); fotos: archivo El Mercurio.